

como la que atravesamos, es la decisión popular de avanzar hacia el socialismo.»

El mismo día 5 de marzo, el siguiente de las elecciones, el entusiasmo de las masas recibe un balde de agua fría. En todos los cordones industriales, comandos comunales, consejos campesinos y juntas de abastecimientos y control de precios se habían organizado reuniones para «analizar el resultado electoral y dar un salto adelante en la formación del poder popular», bajo la forma general de «mejorar nuestra preparación para afrontar la contrarrevolución armada». Pero estas discusiones se hicieron inocuas porque no pudieron comenzar, ya que el propio presidente Allende y la directiva del partido comunista, iniciaron ese día una violentísima campaña contra «los ultraizquierdistas» que «objetivamente» le hacen el juego al imperialismo y a la oligarquía. Y se comenzó una campaña por volver por otro camino a la consigna de «Hacer la revolución es producir». Se lanzó la de «y ahora, a producir para la revolución».

Poco a poco, los ecos de octubre, que habían renacido en marzo, se fueron apagando para volver a la pugna entre los conceptos de si prepararse para la lucha contra el fascismo armado «es una provocación» o «es una acción revolucionaria». Y los días siguieron pasando sin que a la conspiración que se desarrollaba en el seno de las Fuerzas Armadas, con un gigantesco apoyo de las oligarquías de Estados Unidos, Brasil, Argentina, Bolivia y Venezuela, además de la chilena, fuera tomada como un peligro real, y ante la cual no había otra defensa que la movilización de los trabajadores de manera correcta para esa condición objetiva.

Los generales, okey

A la semana siguiente de las elecciones, el grupo de generales en contacto directo con los emisarios del Pentágono, se reunieron varias veces para determinar sus próximos pasos. Una cuestión estaba clara: los políticos civiles habían fallado, no existía esperanza alguna de que Allende fuera destituido por las maniobras de los Frei, Jarpa y demás parlamentarios. Por eso mismo, había que cumplir con las órdenes del Pentágono: hacer el trabajo completo, a cara descubierta, y sin escudarse en los otros grupos de la oligarquía chilena y del imperialismo norteamericano.

En verdad, ya no había angustia en los generales y almirantes. Mientras los políticos se dedicaban en enero y febrero a su campaña electoral, los generales y almirantes se habían dedicado a «estudiar» y a «reflexionar». Habían echado un vistazo a la historia de Chile, en lo corrido del siglo, a la situación latinoamericana y mundial. Habían profundizado en la historia del movimiento obrero, del movimiento campesino y de los partidos de izquierda del país. Habían estudiado los problemas económicos y las crisis periódicas del sistema en la nación. Habían buscado luces... ¡y las encontraron! Fue en un folletito llamado «La Nueva República», que era sencillamente el programa presidencial del candidato derrotado en 1970, Jorge Alessandri Rodríguez. Los generales estaban de acuerdo con los planteamientos generales de esa «nueva República», producto del pensamiento del presidente más conservador que tuvo Chile en los últimos treinta y cinco años.

Las ideas principales escritas en «La Nueva República» eran éstas: «Sólo un gobierno autoritario», que imponga «orden», «disciplina» y «rechazo a la politiquería» podrá resolver los problemas de Chile.

«Se trata, entonces, de sustituir la lucha de clases divisionista por una vigorosa conciencia nacional, eminentemente unitaria y solidaria...

»El aporte del capital extranjero al desarrollo económico permite hacer crecer la inversión sin necesidad de postergar los beneficios sociales a una población que los necesita.

»La unidad, la solidaridad y la ulterior movilización de los chilenos serán posibles únicamente si son precedidas por un vigoroso renacer del espíritu nacional.»

Por ejemplo, «los jóvenes estudiarán más y marcharán menos».

«Son muchos los factores que conspiran contra la nacionalidad. El más importante es aportado por el marxismo internacional, representado en Chile por los partidos socialista y comunista».

Estas citas de La Nueva República eran buenas para los generales que habían dicho *okay* al Pentágono.

Pero no lo decían todo. No decían, por ejemplo, que los generales pensaban que el «desquiciamiento de nuestra sociedad» había comenzado a ser un factor grave no solamente desde 1970, con la inauguración del Gobierno de «los factores que conspiran contra la nacionalidad», «los partidos comunista y

